



Los galgos,
los galgos

Sara Gallardo

Perros, campo y una historia de amor marcada para siempre en la historia de nuestra mejor literatura. Publicada originalmente en 1968, *Los galgos, los galgos* es una obra emblemática de una de las más importantes escritoras argentinas.

Novela susceptible de múltiples lecturas, *Los galgos, los galgos* introduce al lector en un universo habitado por personajes y sentimientos de una profundidad perturbadora a la vez que inolvidable.

Al morir su padre, Julián hereda Las Zanjas, paraíso natural que ocupa con desconcierto y alegría. Siempre custodiados por *Corsario*, el galgo gris, y *Chispa*, la dorada compañera que eligen para él, Julián y su novia Lisa construyen una casa, plantan árboles, andan a caballo por los bañados y se aman sin saber que el mal que avienta los amores no ronda afuera, sino que anida dentro de uno. A Julián, que según sus propias palabras «nunca ha sabido hacer nada salvo no hacer nada», se le ocurre convertirse en estanciero productivo, y las novedades llegan a Las Zanjas: tres toros insolentes, un tractor y un encargado ambicioso. Las peripecias desencadenadas por el cambio llevan al protagonista de esta historia hasta París, y después de tres años, de regreso a Buenos Aires. Sensible e indolente, Julián se debate en un mundo que parece no tener lugar para él, mientras el tiempo corre, veloz como los galgos amados.

*Los animales no comprenden porque no
comprenden.
Los hombres no comprenden por el Secreto.*

AGUSTÍN P

EPITAFIO PARA LOS PERROS MUERTOS SOBRE LA TIERRA

*Hacia la nada
partieron tristes
o muy veloces,
grito rebelde
o flaca tela.
Su común suerte
no compadezcas.
Transformados en
luz del gran todo,
se yerguen ahora
tan magníficos,
más hermosos aun
que el hondo olvido,
como el mismo bien
enigmáticos:
igual que tu alma mañana,
hoy quizás,
oh tú que pasas.*

PRIMERA PARTE

De mi padre heredé una casa, la mitad de un campo y algo de dinero.

Lloré mucho esa muerte, pero no puedo decir que la herencia me tomara de sorpresa. Sentados en la luz del amanecer, hacia el fin del velorio, se me ocurrió decir a mi hermano que le cambiaba mi casa por su parte de campo y, como aceptó enseguida y tuve que firmar una cantidad de papeles, comprendí que había hecho mal negocio. Se me importaba un bledo. Lisa se puso contentísima, y a la espera del fin de semana compramos un mapa de la provincia.

Yo trabajaba en el estudio de mi padrino, abogado que alguna vez abrigó la esperanza de que fuese el continuador de sus virtudes. Después quizá comprendió que ese papel –junto con otros igualmente honrosos e inaccesibles a mis fuerzas– quedaba reservado para mi hermano. Por esos misterios que son un verdadero alivio para los seres humanos, seguí sin embargo siendo su favorito. Así pude vegetar gran parte de mi vida en un soleado rincón del bufete, mientras mi hermano llegaba pisando fuerte, conducía los negocios de manera brillante y destrozaba los nervios a todo el mundo.

Por un tiempo la herencia me dio la idea de abandonar incluso esas actividades. Soñaba con esto mientras cumplía con mi trabajo, y al salir, en vez de visitar directamente a Lisa, iba a casa de mi hermano, que había conseguido que el luto le quedara muy bien, lo mismo que a su mujer. Me encontraba allí con un montón de viejos señores amigos de mi padre, parientas agradecidas por la tarde provechosa, amigos de mi hermano, algún compañero de co-

legio y nerviosas adolescentes convocadas por mi sobrina, a quien también sentaba el luto. Me deslizaba entre ellos, y de pronto descubrí que incluso me gustaba. Algo, quizás el modo de hablar, me envolvía como una frazada que tenía el perfume de mi infancia. Las hermanas de mi madre se referían al amor que ella tuvo por su marido, a la viudez interminable de él, y yo, sin tomar las cosas al pie de la letra, sentía la tristeza de ese acorde evaporado. Me bañaba la melancolía. Lo pasaba muy bien.

Lisa tenía celos de tales reuniones. Yo llegaba a verla inmerso en ese rancio aroma, que empezaba a desvanecerse apenas entraba en su pequeña casa medio vacía. Era verano y ella andaba casi siempre de sandalias, con el pelo como una espuma de color bronce levantado en la nuca.

—¿Por qué no serás capaz de cerrar la puerta del taller?
—decía yo—. Detesto ese olor.

—¿Qué taller? —contestaba Lisa.

Y tenía razón, pues pintaba en cualquier lado de la casa. Era verano, ya lo dije, me quitaba el saco y lo colgaba cerca de una pared marcada con trazos verdes.

Al irse, el marido de Lisa se había llevado cuanto pudo. Según parece, era el creador de las tonalidades de las alfombras, cortinas y paredes, y de un bar-toca-discos-radio-televisión (cuya marca quedó en la pared y fue subrayada con esos trazos verdes por ella), y en su retirada se alzó con todos los frutos trasportables de su creación. Me imagino esos frutos: frutos de psicoanalista. Pero ¿por qué subrayar las marcas en vez de borrarlas? Era un tipo de humor que me molestaba. Años después supe por qué.

La herencia del campo nos enloqueció de alegría. En ese tiempo ignorábamos qué significan 500 hectáreas, y lo pasábamos haciendo cálculos, casi siempre erróneos, sobre lo que podían suponer: la distancia que hay entre Buenos Aires y Caseros, entre lo de Lisa y la Casa de Gobierno, entre mi casa y la de ella.

–¡Somos dueños de un pedazo de planeta! –gritaba Lisa, y se ponía a bailar como loca, me arrastraba con ella, me cubría de besos.

Lo del planeta me sonaba exagerado. Pensándolo mejor, comprendía que en verdad había heredado un pequeño pedazo de planeta. Herencia rara por cierto, aunque por lo visto nadie se extraña de las auténticas rarezas.

–Un estanciero de verdad debe usar bigotes. Tendrás que dejártelos crecer.

–Vos también.

–Yo ya tengo. Bigotes morales.

–Y hasta inmorales.

Diciendo tonterías pasábamos las horas. Como siempre, acabábamos haciendo el amor.

Una tarde encontré a un amigo de infancia en casa de mi hermano. Se llamaba Carlos y no sé cuándo habrá tenido viruela porque de chico era muy lindo (yo también) y además ¿quién tiene viruela hoy día? La cuestión es que lo encontré con la cara picoteada y unos zapatos opacos de aire antiguo.

–¿De modo que estanciero? –me dijo (creo que mi hermano se puso nervioso)–. Lo primero que hace falta en el campo es un perro. Yo te lo voy a regalar.

Sentí una emoción muy rara.

–¿Un perro?

–Sí.

–¿Cómo se llama?

–*Corsario*.

–¿*Corsario*?

–*Corsario*.

Me quedé callado.

–¿De qué raza?

–Galgo.

–¿Galgo?

–Galgo.

Galgo. No ruso, por supuesto. Inglés. ¿Qué sabía yo de galgos en ese tiempo? ¿Qué sabía de nada?

Corsario, galgo, era mío. Nunca pensé que la muerte de un padre podía traer alguna alegría.

La idea del galgo gustó a Lisa. Ella tampoco sabía nada de perros en aquel tiempo. Ni de nada.

Apenas llegó el sábado tomamos un trencito indescriptible y pasamos cuatro horas cubiertos de tierra hasta llegar a una estación igualmente indescriptible. Frente a un boliche, una hilera de caballos revoleaba las colas.

El jefe de estación era grandioso. Tanto, con un toscano, nariz de batata, voz de animal amaestrado, que preferí buscar información en otra parte, y cruzamos hacia el boliche.

Se hizo el silencio. Desde las mesas, desde el mostrador, los usuarios de la hilera que revoleaba las colas nos miraron. Como los prisioneros en su ingreso a la nave pirata, avanzamos. ¿Arrancará alguna mano el encaje que orla el vestido de la dama, el sombrero emplumado del infeliz caballero? Caras oscuras, alientos leoninos los rodean.

Incólumes, la dama y el caballero llegan al mostrador.

–Buenas tardes –digo, olvidando que es la mañana.

Las respuestas son pobres.

El local con sus arneses, bolsas de azúcar y filas de botellas parece a punto de reventar de expectación. Con malestar supongo que se debe a la costumbre que tiene Lisa de usar soleras. Desconozco aún la curiosidad del campo. ¿Y cómo deberé decir? ¿Estancia Las Zanjas, o qué, aparte de que el nombre me resulta bastante lúgubre?

–Dígame –increpo al bolichero que ya se está rascando con cara de problema insoluble–. ¿Conoce un campo que se llama Las Zanjas?

–¿Las Zanjas? –repite con voz estentórea, y por un momento creo haberme equivocado de estación, de país, de continente.

El bolichero pasea la mirada por la concurrencia. Después sabré que nadie conoce otra cosa. Es el pan de cada día. Queda a una hora de galope. Pero como si hablara de comprar lotes en la luna. Quizá sea un método para aumentar la información sobre nosotros; quizá, solo una forma de tranquilización espiritual.

—¿Será —supone un gigante parado en un rincón, y con presunto esfuerzo larga su hipótesis— el campo que era del finado X?

Finado y X es mi padre.

—Sí.

Durante un momento la concurrencia saborea el valor del monosílabo. Después el gigante señala hacia el fondo del boliche y arbitrariamente se tapa con la otra mano la axila del lado que señala.

—Queda a unas dos leguas para allá.

El bolichero ratifica e inicia una espantosa explicación sobre rumbos, itinerarios y vecindades desconocidas mientras intenta, sin atreverse, preguntar lo único que le interesa: quiénes son, qué pretenden, a qué aspiran. Por fin:

—¿Será hijo del finado?

—Sí.

Entonces la mitad de los oyentes vuelve a sus charlas cotidianas. La otra mitad nos acosa.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, tiempo que empleamos consumiendo una especie de naranjada y esperando, un tipo con un carro nos llevó sentados sobre bolsas de maíz por un camino infinito hasta una tranquera mal pintada. Vi que vacilaba entre dejarnos ahí o ver qué ocurría a nuestra llegada. Eligió la maligna diversión de vernos caminar con nuestros valijines por una huella que llevaba a través del desierto hacia un monte de árboles.

—Pisamos tu tierra —dijo Lisa entre dos tropezones.

Y así descubrí que yo, el que llegaba, era el patrón. La idea casi me causó horror. Pero no dije nada. Todo la hacía

reír. Me sacaba de quicio. La timidez que creía perdida volvía a incomodarme.

El monte era de perfil sereno, con un árbol más alto en un extremo.

Detrás del monte había una casa de ladrillo con tres puertas y la hilera de huecos donde alguna vez se asentaron las vigas del corredor caído. Nos quedamos mirándola, jadeantes. Que fuese mía, como el molino que perdía una llovizna de agua fresca, me pareció un sueño. Una pesadilla lo interceptó pronto, asomando por una de las puertas; era algo que chorreaba harapos, sudor, lagañas y hasta baba. Y que se llamaba Flores. ¿Por qué no?

Sobre el campo yo sabía lo principal: que estaba arrendado, lo cual le quitaba aun valor. Había también otros detalles que después solucioné por medio de mi padrino. Pero ese primer día ¿qué hacer? Me presenté a Flores. Le presenté a Lisa. Sonriendo con aire lelo se precipitó a poner unas astillas en la cocina, y nuestro futuro inmediato quedó claro: el rito del mate. Que implica, naturalmente, compartir la bombilla.

Las paredes de la cocina eran de barro, y el techo varias cosas menos un ejemplo en su género: algunos juncos colgaban hacia adentro y por uno de los rincones se veía el cielo. En armónica correspondencia, Flores había puesto un tacho en ese rincón. Por qué secreto indiscernible también en el fondo de ese tacho había un agujero no lo puedo explicar, pero el conjunto no dejó de causarme cierta sensación de infinitud. Agujeros adornaban asimismo una carretilla herrumbrosa que dormitaba junto a la puerta de la cocina, y sobre la que Flores vació el mate de su yerba vieja. El pretexto de una enfermedad al hígado libró a Lisa de participar del mate, pero yo no pude menos que ingresar en mi nuevo estado con tal ceremonia. Ungido con parte de la baba de Flores ya no dudé: era el dueño. Miraba la pobre pared con su farol y sus cazos, el fuego que se movía en la cocina, el patio de tierra bajo el sol.

Creía soñar. A mi lado los pies polvorientos de Lisa me llenaban de amor.

Nunca llegué a comprender del todo cómo ese lugar había aparecido en nuestra vida.

El estilo oratorio de Flores era lo que ciertos autores definen como fatigoso:

–El le hugh sh le le, y yo, claro, foc, cambiaba pues, qué le iba a pos gluc qué ¿no? ¡Y no más! (risa). Claro.

Farfulleo elocuente gracias al cual pude, sin embargo, y no sin esfuerzo, enterarme de algo sobre mi propiedad. Su nombre se debía a las zanjas que rodean el monte, viejas defensas contra los malones, y cuando lo supe el primer efecto lúgubre pasó a transformarse en heroica emoción. Me habló también de mi padre, quien, según me enteré con estupor, había parado una vez allí (sin bajar del auto) en ruta hacia Mar del Plata; me habló de los arrendatarios, que no me interesaban un rábano, mientras yo miraba preguntándome por qué, tan redondo y tan sucio, tendría piernas, si rodando se las hubiera arreglado mucho mejor. Y no era gordo sino bajo, flaco y panzón como un globo. Cosas de la especie.

Mientras preparaba el almuerzo fuimos a recorrer el monte.

Allí estaban los talas.

Conocimos el suelo gris, falsamente hospitalario, que se extiende bajo ellos y la sombra entreverada con puntos de luz que es su ambiente. Conocimos sobre todo esos troncos retorcidos pero dignos que sostienen ramazones tan despeinadas, hostiles, absurdas como la conducta de un salvaje, aunque en primavera se endulcen con el dorado casi invisible de los brotes. Con el tiempo serían viejos amigos. Ese día nos sorprendieron.

No era solo de talas ese monte sino también y en segundo grado de acacias negras, individuos de cuerpo gris, medio calvos, con hoja fresca pero insuficiente, como señores de edad mediana irreprochables y tediosos de los

cuales uno solo, que zumbaba como un poste eléctrico, nos inspiró interés. Cuando su examen nos condujo a un agujero hirviente de abejas emprendimos la retirada.

El árbol que sobresalía en el extremo del monte resultó ser un espina de Cristo. Alto como era, aislado y majestuoso, armado de espinas que hielan el corazón, recibía el viento con displicencia, las hojas minúsculas brillando al sol y flameando como el pelo del príncipe en la batalla. Vainas marrones, estuche de semillas que las beatas suelen ensartar para rosarios, eran el fruto viril con que pagaba su tributo.

Avergonzado, deponiendo mis –leves– pretensiones de dueño, consideré al hermoso misántropo con respeto. Su indiferencia absoluta por el contorno me comprendió.

Seguimos inspeccionando.

En el verdor opaco del monte, que era un monte austero y pobretón, se henchía la copa oscura de un paraíso brotado de bolitas verdes. Parecía una fuente en el desierto, o un palacio. Tenía un gran hueco en el pie.

–Hubiera querido encontrarlo veinte años atrás –murmuró Lisa–, es una buena casa de muñecas. Pero Dios da pan al que no tiene dientes.

Yo me agaché a mirar. Vi musgo, hongos color naranja en forma de escalones, insectos pálidos, y también los anchos ojos verdosos, la más ancha boca, la menos ancha nariz de Lisa, y la obligué a levantarse. El tronco estaba ladeado y la recliné contra él. Quiso zafarse.

–Aquí no. Salí.

–Silencio.

–Fuera, bestia.

–Silencio.

–Te dije...

Pero yo ya conocía ese modo de luchar. Nos engegucimos rápidamente. Apenas recuperada la compostura vimos que a lo lejos, como un montón de trapos, venía Flores.

Después del almuerzo, ensilló su caballo y balbuceó algo; quizá que iba a comprar provisiones. Al verlo montar comprendí para qué necesitaba piernas. Bondadosa madre naturaleza.

Entonces, solos, nos llenamos de excitación, recorrimos los tres cuartos hediondos, la cocina, los alrededores, trepamos al molino para tratar de establecer los límites de mi propiedad y desde allí paseamos la vista por el desaharrapado espectáculo, algunos gallináceos dudosos, el campo abierto. Nuestro entusiasmo llegó al cenit. Desde allí, como suele ocurrir a quien llega al cenit, empezó a decaer lentamente, aunque mi dignidad de propietario fingió mantener la antorcha en alto durante buen rato más. Pero Lisa, para quien los matices solían limitarse a la pintura, dijo de pronto:

—Aquí no paso la noche.

Ofendido, guardé un silencio hostil.

—Aguanto muchas cosas —siguió—. Pero pulgas, no. Y ese olor menos.

Hablé del olor a aguarrás en que vivía sumergida. No me atendió. Súbitamente recobré memoria (no sin decepción).

—Inútil discutir: No hay tren hasta mañana.

Por un rato, nos detestamos.

Al volver, Flores se vio obligado a barrer, ventilar y desalojar las bolsas y guarniciones que había en el primer cuarto, tarea que emprendió con cierto ardor doméstico. Yo podía dormir en el suelo, me dijo, sobre su recado, y Lisa en un catre. Pero ella, creo que con razón, juró y rejuró que era el mismísimo en que él pasaba sus noches y sus siestas, y prefirió también el suelo. No le dije qué afectas son las pulgas al suelo. En cuanto a dormir sobre el recado, idea que a los quince años me hubiera arrancado lágrimas de exaltación folklórica, a los treinta se redujo a decidir si apoyaría la cabeza sobre el cojinillo, aposento inventado del trasero de Flores en sus diarias cabalgatas, o en

el mandil transido de sudores equinos. Por el momento, pusimos las mantas al sol: he oído decir que las pulgas huyen de él, pero ignoro si esta vez habrán tenido tiempo de decidirse a hacerlo. Mejor dicho, después supe que no.

Cuando la luz se fue el monte se puso opaco; las palomas volvieron para dormir, y las cotorras fueron desistiendo de charlar junto a sus grandes nidos de mil puertas. Comimos, y por un rato nos extendimos afuera, en la noche de cielo casi gris donde las estrellas estaban turbadoramente presentes. Nada sabíamos aún de esas estrellas, ni de los ruidos y olores que nos rodeaban.

Lisa me contó a media voz que durante su infancia imaginó que las estrellas eran agujeros por donde fluía la luz de la gloria. La dificultad que implicaba esa idea era insoluble; por un lado resultaba agradable imaginar cómo el paso de un bienaventurado apagaba fugazmente ese brillo, por otro era más respetuoso suponer que la luz aumentaría con la irradiación de tan sagrado pie.

–Pero siempre supe –dijo en un raptó de honestidad intelectual– que era solo una idea.

No le faltaban ahora las opiniones sobre la materia. Creía que las estrellas eran malignas: «Puedo soportarlas en este momento solamente porque estamos juntos», dijo.

Y ante esa frase me creí capaz de conjurar con el solo poder de mis agallas cualquier terror y el influjo de cualquier estrella. Poco sabía.

Puesta de lado comenzó a mirarme. Recorrió con el dedo el contorno de mi oreja y hasta el de mi patilla, variante que tenía completamente prohibida. «Te ruego que admires las obras del Creador», pedí. «Soy corta de vista», respondió. La miré y comprendí que era tan corto de vista como ella: mejor era mirarse. Tendida, sus facciones cambiaban y se volvía un exótico personaje de ojos rasgados y pómulos salientes. Nos besamos. He conocido mujeres que me han gustado por diversas cosas. Lisa me gustaba por todas.